

dos los padres; y pues juzgais que las adversidades me son tan necesarias, de hoy en adelante las recibiré como señales de vuestro amor.

JACULATORIAS. — Señor, los golpes que descargáreis sobre mí, lejos de afligirme, serán de hoy en adelante todo mi consuelo. (*Psalm. 22.*)

Tengo por dicha, Señor, que me hayais afligido para enseñarme á guardar tu santa ley. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 En la adversidad se aviva y se fortalece la virtud, cuando en la prosperidad se disipa y se relaja. Es de admirar que sea tan difícil persuadirse á que puede uno ser feliz en los contratiempos, cuando se han visto tantos desgraciados en medio de las mayores prosperidades. Si hay males invisibles, no es imposible que haya tambien consuelos que no se ven. Rara vez se ve un hombre feliz, y que esté plenamente contento en medio de la prosperidad; por el contrario, no se ha visto santo que no padeciese mil trabajos en esta vida, y ninguno que no se tuviese por muy dichoso en medio de los mayores. Dejemos obrar á la divina Providencia; mas cuidado tiene de nuestros intereses, que nosotros mismos. Bien sabe Dios lo que nos conviene. Nunca se consideró José mas desgraciado, que cuando se vió veidido por sus mismos hermanos; y sin embargo, de esta imaginada desgracia pendia toda su dicha y la de toda su nacion. Deja, pues, ya de mirar con malos ojos las adversidades de esta vida: convéncete de que te son provechosas, y aun necesarias; recibelas con accion de gracias, pues con efecto son otros tantos beneficios.

2 Ya se dijo en otra parte, que era una costumbre muy agradable á los ojos de Dios, y muy provechosa para el hombre hacer al Señor alguna breve oracion en accion de gracias siempre que nos sucede alguna contradiccion ó algun contratiempo: ahora propondré otra que no es menos meritoria delante de Dios; esta es, durante el tiempo de la adversidad hacer todos los dias alguna oracion particular, dándole gracias por la merced que te hace en tratarte como á los mas queridos suyos, llevándote por el camino mas derecho y mas seguro para hacerte santo. Guárdate bien de que se te escape ni una sola palabra que huela á queja ó sentimiento; y si alguno, con cierta falsa amistad, muestra compadecerse de tu suerte, rectifícale aquella falsa compasion, dándole á entender que tu suerte no es desgraciada, y que antes lo

seria mucho mas, si en todo fuese feliz; dile que Salomon con toda su sabiduría no se pudo conservar inocente en medio de una larga prosperidad; el mismo David, aquel hombre segun el corazon de Dios, que fué tan fiel mientras duró la persecucion, cayó en pecado luego que se vió en paz y sobrado de todo; dile aquellas bellas palabras: *Beatus homo qui corripitur à Deo*: bienaventurado aquel á quien Dios castiga como padre: di muchas veces con Job: *Hæc mihi consolatio, ut affligens me dolore, non parcat*: mi mayor consuelo será que Dios no me perdone en este mundo cuando me aflige con adversidades: acuérdate que estas son necesarias aun á los mismos buenos para preservarlos de la corrupcion, como la sal que consume y conserva; esta es señal de que te ama, y que quiere ser amado de tí.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN IGNACIO, confesor, fundador de la Compañía de Jesus, en Roma; esclarecido por su santidad y milagros, y por el ardentísimo zelo de estender la fe católica por todo el mundo. (*Véase su vida hoy.*)

EL MARTIRIO DE SAN FABIO, mártir, en Cesarea; el cual porque rehusó llevar la insignia ó estandarte del ejército, primero estuvo preso algunos dias, y despues preguntado una y otra vez sobre su religion, como perseverase constantemente en confesar á Jesucristo, lo condenó el juez á ser degollado.

SAN CALIMERIO, obispo y mártir, en Milan; el cual siendo preso en la persecucion de Antonino, herido á estocadas, y atravesada la garganta le echaron en un pozo, y así acabó su martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES DEMÓCRITO, SEGUNDO Y DIONISIO, en Sinada, en la Frigia Pacaciana.

EL MARTIRIO DE TRESCIENTOS Y CINCUENTA SANTOS MONGES, en Siria, asesinados por los herejes porque defendian el concilio de Calcedonia.

EL TRÁNSITO DE SAN GERMAN, obispo de Auxerre, en Ravena, muy ilustre por su cuna, por su fe, por su doctrina y por el don de milagros; el cual libró á Inglaterra de la herejia de los pelagianos.

SAN FIRMO, obispo, esclarecido por la gloria de su confesion, en Tagaste en Africa (cuya silla ocupó é ilustró con su ejemplo y doctrina. S. Agustin lo propone á los obispos como modelo.)

SAN JUAN COLUMBINO (ó COLUMBINI), fundador del orden de Jesuatos, esclarecido en santidad y milagros, en Sena de la Toscana. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN IGNACIO, CONFESOR, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

AL mismo tiempo que el apóstata Lutero desolaba la Iglesia en Alemania; que Enrique VIII, declarándose cismático, la destruía en Inglaterra; que Calvino, aquel imaginario reformador, la hacía sangrienta guerra en Francia, la divina Providencia, siempre atenta á sus necesidades, formaba en España un héroe cristiano, escogido, como se esplica Urbano VIII (*Bull. Canon.*), para contener las funestas conquistas de los enemigos de Dios, nacido para la reformation de las costumbres en todos los estados, y destinado para llevar la fe de Jesucristo hasta aquellos países donde jamás habian penetrado los apóstoles.

Este gran Santo, gloria de su nacion, y ornamento de su siglo, nació el año de 1491, en aquella parte de la Cantabria española que hoy tiene el nombre de Guipúzcoa. Su padre D. Beltran, señor de Oñez y de Loyola, ocupaba uno de los primeros lugares entre la nobleza del país, como primogénito y cabeza de una de las casas mas antiguas, y su madre Marina Saez de Balda no era de menos ilustre nacimiento.

Aunque Ignacio era el menor entre ocho hijos y tres hijas, nació adornado de tan bellas prendas, que muy presto fué las delicias de toda la familia. Era bien dispuesto; el aire noble y naturalmente agraciado; el genio elevado, y sobre todo, una ardiente pasión por la gloria prevenian los ánimos en su favor. Aunque un poco altivo, era atento y cortesano, notándose en él desde sus primeros años un linaje de discrecion, que nada olía á las inocentes inconsideraciones de la niñez. Juzgando su padre que era nacido para la corte, se dió prisa á enviarle á ella; y le hizo paje del rey católico. Luego ganó Ignacio la gracia de Fernando; pero su inclinacion á las armas le hizo disgustarse presto de la ociosidad de palacio. Señalábanse ya sus hermanos en el ejército de Nápoles, y él se quiso distinguir en el de Cantabria. Logrólo en la toma de Nájera, y en todas las funciones dió pruebas de gran valor.

No dió tantas de virtud y de cristiandad. Estaba su cabeza llena de vanidad, y preocupada de especies de galantería, siguiendo en todas sus acciones el espíritu y las máximas del mundo, cuando el Señor se dignó en fin abrir los ojos á aquel vaso de eleccion, despues de haberle, digámoslo así, echado por tierra. Sitiaba el ejército francés el castillo de Pamplona, y el virey D. Antonio Manrique dejó por comandante á D. Ignacio



S. IGNACIO DE LOYOLA, F.

mientras él salió á solicitar el socorro. Sostuvo él solo muchos asaltos; y asombrados los sitiadores de la intrepidez del jóven español, convirtieron todas sus fuerzas contra el puesto que defendia, y fueron tambien repelidos luego que Ignacio se dejó ver en la brecha con espada en mano; pero en el calor del combate una bala de artillería rompió una pierna al valeroso comandante, con cuyo accidente perdieron el ánimo los sitiados, y se rindieron. Trataron los franceses á Ignacio con toda la estimacion que merecia su valor y su nacimiento; y despues de haberle cuidado, y aplicados los primeros medicamentos á las heridas, le llevaron á su casa de Loyola, distante algunas leguas de Pamplona. Sobrevinole calentura, y estuvo tan de peligro, que recibió los sacramentos, y le daban pocas horas de vida; pero habiéndose quedado dormido, se le apareció en sueños S. Pedro, que le tocó con la mano y le curó. El suceso acreditó la verdad del sueño; pero ni aun con este milagro se convirtió Ignacio. Viéndose obligado á guardar todavía el cuarto y la cama por algunos dias, pidió un libro de novelas, ó alguna historia de caballerías para divertirse. Por dicha suya no se halló otro en toda la casa, que la vida de Cristo y las vidas de los santos. Leyólas Ignacio; sintióse movido, y haciendo las naturales reflexiones que le ofrecia el cotejo de aquellas vidas con la suya, quedó convertido.

Los primeros pasos que dió en el camino de la penitencia asombraron á los mas fervorosos. Vieron á aquel hombre cortésano, que sólo por conservar el aire y la bizarría de cuerpo habia tolerado las mas dolorosas incisiones, ceñirse la cintura con una cadena de hierro, no usar otro vestido que un saco y un cilicio, afectar rusticidad y grosería para encubrir el aire noble y grande que mostraba su semblante; viéronle mendigar un bocado de pan de puerta en puerta; servir á los enfermos en los hospitales; sufrir sin quejarse las burlas y los ultrajes de los disolutos; ayunar todos los dias á pan y agua; pasar en oracion la mayor parte de la noche; castigar rigurosamente su cuerpo tres veces al dia, y como agotar en sí toda la severidad de la misma austera penitencia. Pero no careció de consuelo su penitente fervor; apareciósele la santísima Virgen una noche con el niño Jesus en los brazos, cercada de resplandor; la celestial dulzura que acompañó á esta vision purificó su corazon, y le abrasó tanto en el fuego del divino amor, que se le oia esclamar continuamente: *Señor, no os pido otra gracia que amaros, ni otro premio que amaros mas.*

Por su tierna devocion á la soberana Reina emprendió luego

la peregrinacion á Monserrate, monasterio famoso por el curso de peregrinos que de todas las partes del mundo acuden á implorar la proteccion y á venerar la milagrosa imágen de la Virgen. Habia en aquel monasterio un monge de eminente santidad; confesóse Ignacio con él generalmente, y lo hizo con tanto dolor de sus pecados, que el confesor temió espirarse á sus pies el penitente, y le costó mucho trabajo enjugarle las lágrimas. Pasó toda la noche en la iglesia postrado ante la imágen de la Madre de Dios; colgó la espada de un pilar inmediato al altar; dió sus ricos vestidos á un mendigo; echóse á cuestras un saco, y se puso en camino con el bordon en la mano, la calabaza al lado, la cabeza descubierta, los pies descalzos, cargado solo con los instrumentos de penitencia.

En este pobre equipaje llegó á Manresa el nuevo peregrino. Fué recibido en el hospital; pero su asqueroso semblante, su barba larga, las uñas que de propósito habia dejado crecer para causar horror, le hicieron tedioso y ridículo á cuantos le veian. Sirvióse el demonio de tan estraña mudanza de vida para tentar al Santo. Los desprecios que padecia, el mal olor del hospital, y el verse confundido entre una caterva de mendigos, le comenzó á dar en rostro, y se le escitaron varios pensamientos de que igualmente se podria salvar en la corte y en el ejército, que en aquella asquerosa vida; pero duró poco la ilusion: conoció Ignacio toda su malignidad; y para vencerla con resolucion, se hizo criado de los mismos enfermos; asistiendo con mayor frecuencia á los enfermos que le daban mas asco, y dedicándose á los mas bajos oficios. Rompieron en fin los rayos de su virtud por entre las nubes de aquellos abatimientos; comenzáronle á respetar y á descubrir no sé qué especie de grandeza en aquellas esterioridades viles y despreciables. Sobresaltóse Ignacio luego que llegó á entenderlo, y sin dilatarlo un punto se salió del hospital, y se fué á encerrar en una horrorosa cueva á quinientos ó seiscientos pasos de Manresa.

Parecióle que en aquella profunda caverna se podria abandonar enteramente á su fervor, y no poner limites á su penitencia. Cuatro ó cinco veces al dia despedazaba su cuerpo con una cadena de hierro armada de agudas puntas: pasaba semanas enteras casi sin alimento; debiendo solo á unas antiguas raíces el no morir de hambre: escesos que muchas veces le pusieron á peligro de la vida. En una ocasion le hallaron desmayado á la entrada de la gruta; lleváronle al hospital, donde otra vez le asaltaron los antiguos pensamientos de mudar el género de vida. A estas tentaciones se siguieron otras; fatigábanle los escrúpulos;

mostrábase el cielo de bronce; y apoderada de su alma una profunda melancolia, se le hacia la vida insoportable. Durante aquella terrible desolacion, resolvió Ignacio pasar sin alimento todo el tiempo de la prueba. Con efecto, estuvo siete dias sin comer ni beber; y hubiera llevado adelante estos escesos, si su confesor no le hubiera ido á la mano, y Dios premió en el mismo instante su rendimiento. Serenóse el cielo, y sucedió la calma á tan deshecha tormenta. Colmó Dios aquella generosa alma de los mas dulces consuelos; de manera, que despues todo fué visiones, éstasis y raptos. En aquellas intimas comunicaciones con Dios recibió soberanas luces acerca del misterio de la Trinidad. Lo que escribió de este misterio, y se perdió, era en estilo de los profetas. Tambien fué en este tiempo cuando iluminado con las mismas luces sobrenaturales, y penetrado de las grandes verdades de la religion, compuso el admirable libro de los ejercicios espirituales, aprobado por tantos sumos pontífices, y tan apreciado de todos los buenos; en el cual este hombre inspirado de Dios, redujo como á arte la conversion del pecador, y la práctica de la perfeccion cristiana.

Vinole deseo de visitar los lugares santos de Jerusalem, y se embarcó en Barcelona para la Tierra Santa. Llegó á ella despues de muchos trabajos. Era su intencion detenerse en Palestina para trabajar en la conversion de los mahometanos; pero despues que cumplió con su devocion en Jerusalem, se vió precisado á restituirse á Europa. Conociendo que para dedicarse á la conversion de las almas era menester adquirir la doctrina que le faltaba, y convencido de que no podia contentar su zelo sin el auxilio de las letras humanas, determinó volverse á España, y aplicarse al estudio. Diéronle en Venecia una buena limosna; llegó á Ferrara, y toda la repartió entre los pobres, mendigando despues de puerta en puerta. Luego que entró en la Lombardia le prendieron los españoles, sospechando que era espia, y despojándole del vestido le llevaron en camisa delante del capitán. Una sola palabra que hubiera dicho bastaria para librarle del peligro; pero calló por el deseo de padecer. Tuviéronle por tonto; cargáronle de injurias y de palos, y le dejaron proseguir su camino bien satisfecho de oprobios. No le trataron tan mal los franceses; pero no se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer hasta que llegó á Barcelona. En aquella ciudad comenzó á estudiar la gramática, siendo de edad de treinta y tres años, y fué su maestro Jerónimo de Arbedal, público preceptor de latinidad en ella. El ejercicio era de mucha humillacion; pero venció su repugnancia por el deseo de aprovechar

al prójimo. Iba muchas veces á la clase incorporado con los niños; y para que el estudio no entibiase la devocion, dobló las penitencias.

Creciendo cada dia en su corazon el zelo de la salvacion de las almas, advirtió que retraia á todos aquel su exterior austero y nada grato. Dejó el saco y la cadena de hierro, con parecer de su director, contentándose con traer un cilicio debajo de una pobre sotana. Ya sus ejemplos habian movido á muchos; pero sus conversaciones convirtieron á muchos mas. Hizo mucho ruido la reforma del convento de los Angeles, cuyas monjas no vivian con la mayor edificacion. Esto le granjeó el odio de los seglares que contribuian al mal ejemplo; moliéronle á palos á él y al capellan del convento; éste murió de los golpes, y el Santo estuvo tan á los últimos, que escapó la vida por milagro.

Dejó á Barcelona por ir á estudiar filosofia á Alcalá, donde su zelo no fué menos eficaz, ni menos ejercitado. Merecióle grande reputacion la conversion de cierta persona de la primera distincion, que era lazo de la juventud; pero siguiéndose á esta la de muchos jóvenes de aquella universidad, esto mismo le ocasionó una nueva persecucion en España. Acusáronle de hechiceria y de herejia; fué delatado á la Inquisicion, triunfó su inocencia en aquel tribunal, y no solo fué aprobado, sino aplaudido su zelo; pero conociendo asi los inquisidores, como el vicario de Alcalá, cuanto importaba á la Iglesia la vida de aquel siervo de Dios, moderaron sus rigores, prohibiéronle que anduviese con los pies descalzos, y le mandaron vestir una sotana negra. Por la indiscreta devocion de dos señoras de calidad, que contra el parecer del Santo emprendieron cierta peregrinacion, se vió en precision de ir á continuar sus estudios á la universidad de Salamanca. Siendo su zelo tan eficaz y tan puro, no podia dejar de ser perseguido en todas partes. Prendiéronle en su convento los religiosos de cierta esclarecida familia, pareciéndoles que no se debía permitir hablar en público á un hombre sin carácter, y que no era graduado; dieron parte al provisor, y éste, abusando de su autoridad, le puso en la cárcel pública, le cargó de cadenas, y le trató como á hereje. Tomáronle jurídica confesion, y no dió otra respuesta que presentar á los jueces su libro de ejercicios. Fué examinado el libro escrupulosamente; y hallándole lleno del espíritu de Dios, fué aplaudida la inocencia y la virtud de nuestro Santo. Diéronle libertad en virtud de sentencia judicial, la cual á un mismo tiempo era su mejor apologia, y le exhortaba á continuar sus obras de caridad y los ejercicios de su zelo. Quisieron detenerle en Salamanca; pero la Providencia, que te-

nia sus intentos, le destinaba á mayor teatro. Dejó Ignacio aquella universidad para ir á pasar sus estudios en la de Paris, que á la sazón era la mas célebre de la Europa. Habia precedido tiempo antes un suceso hartó funesto, que confirmó el concepto general de su eminente virtud. Un caballero de distincion vió un dia pasar al Santo, y mostrándole con el dedo, dijo: *Quemado muera yo, si éste no merece ser quemado*. Subió el mismo dia al terrado de su casa para sacar unas pequeñas piezas de artilleria que se habian de disparar con motivo de cierto regocijo; cayó una chispa en un monton de pólvora de cañon, y envuelto en las llamas quedó abrasado vivo.

Llegó Ignacio á Paris á los principios de febrero del año de 1528; y luego acudió al colegio de Monteagudo para volver á repasar la gramática entre los niños. Entregó en confianza á un compañero suyo de posada el dinero que de limosna habia recogido en España para mantenerse; escapósele con él, y se vió precisado á pedirla en Paris. No teniendo otro recurso, se recogió en el hospital, donde no le daban mas que el simple cubierto, y mendigaba de puerta en puerta la comida. Tuvo noticia de que el infiel compañero que le habia robado, estaba enfermo en Ruan; voló al punto á socorrerle; abrazóle, consolóle, sirvióle, y le buscó limosnas para que pudiese continuar su camino. Acabada la gramática en el colegio de Monteagudo, pasó á estudiar filosofia en el de Sta. Bárbara. Escitóle otra nueva tempestad la devocion que inspiraba á los jóvenes estudiantes. Habiéndose entrado religiosos algunos compañeros suyos, le acusaron de que pretendia dejar desierto el colegio. Irritáronse tanto el rector y los regentes, que pensaron darle una sala (así se llama en la Sorbona el castigo de azotes públicos, y en rueda, que se dan con unos mimbres en las espaldas á los profesores que han cometido graves delitos.) Era muy del gusto de Ignacio una humillacion de tanto desdoro; pero su confesor le obligó á justificarse. Hizolo así, y quedaron todos tan convencidos de su recta intencion, que el rector del colegio dió público testimonio de su virtud en el mismo lugar donde se habia de hacer la ejecucion.

A vista de tan solemne satisfaccion abrieron todos los ojos, y con ella les ganó los corazones. Hizose famoso en la universidad el nombre de Ignacio. El rector que habia levantado la tormenta quiso reparar la injuria; y encargándose muy particularmente de los estudios de Ignacio, le señaló por pasante para repartir con él las lecciones á un mozo saboyano, pobre á la verdad, pero muy hábil, que vivia en un cuarto del mismo colegio con Francisco Javier, caballero del reino de Navarra. Adelantó tanto

Ignacio con este medio, que recibió el título de maestro en artes, y acabó despues con mucha honra su curso de teología.

Este fué el tiempo en que Dios le dió á entender distintamente que le tenia escogido para fundar una compañía de hombres apostólicos, que atendiendo únicamente á la mayor gloria de Dios, se empleasen en la salvacion del prójimo, y en hacer eterna guerra á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia. El primero en quien el Santo puso los ojos para tan elevado intento fué su pasante Fabro. Un poco mas le costó la conquista de Javier. Era de grande ingenio, de ilustre nacimiento; enseñaba la filosofia con mucho aplauso; y ambicioso de gloria, á nada menos aspiraba que á las primeras dignidades de la Iglesia. Ganóle Ignacio para Dios, y en poco tiempo fué Javier ornamento de la nueva Compañía, y uno de los mayores santos de la Iglesia.

Presto se le agregaron á estos dos compañeros otros cuatro, todos de singular mérito: Diego Laynez, natural de Almazan; Alfonso Salmeron, de cerca de Toledo; Nicolás Alfonso Bobadilla, nombre que tiene tambien el lugar de su nacimiento; y Simon Rodriguez, caballero portugués. Juntólos un dia Ignacio, y los propuso su ánimo de dedicarse á trabajar en la salvacion de las almas; respondiéronle prontamente que todos tenian la misma intencion, y escogieron el dia de la Asuncion de la Virgen para obligarse con espreso voto á tan piadosa empresa. Este dia en el año de 1534 los condujo á todos Ignacio á la iglesia de *Montmartre*, ó del monte de los mártires, donde celebró la misa Pedro Fabro, ordenado poco antes de sacerdote, y á todos los dió de su mano la comunión en la capilla subterránea. Concluida la misa, todos siete juntos, á una voz alta, clara y distinta, hicieron voto de renunciar todos los bienes, y al tiempo señalado emprender el viaje de Jerusalem para trabajar en la conversion de los infieles; pero en caso de que no tuviese efecto este viaje, irse todos á echar á los pies del papa, y ofrecerle sus personas, para ir bajo sus órdenes á cualquiera parte donde los enviase. Sin duda fué alto designio de la divina Providencia, que el nuevo patriarca, entre tantos santuarios como hay en las cercanias de París, hubiese escogido el monte de los Mártires para echar los primeros cimientos de su religion. Inspiróle el cielo este pensamiento para darle á entender, que una compañía que con el tiempo habia de derramar tanta sangre por amor de Jesucristo, siendo tambien perseguida de todos los modos que lo fué su santa Iglesia, debia nacer sobre el sepulcro de los mártires, y bajo los auspicios de la Madre de Dios, á cuyo culto está singularmente dedicada.

No estuvo ocioso el zelo de Ignacio mientras sus compañeros se disponian á partir. Supo que vivia mal un conocido suyo, y no adelantando nada con sus exhortaciones, se informó del sitio por donde habia de pasar á casa de la que causaba su perdicion. Esperóle cerca de un estanque casi helado por el rigor del frio, y cuando advirtió que pasaba, se arrojó intrépidamente en él con el agua hasta el cuello, gritándole que allí permaneceria sufriendo aquel frio riguroso, hasta que se apagase en su pecho el fuego de la pasion, y aplacase la cólera del cielo. Atónito aquel hombre perdido, á vista de tan portentosa caridad, volvió atrás, y solo pensó en hacer penitencia de sus culpas. No hubo industria de que no se valiese para convertir los pecadores. Noticioso de la vida que traia cierto escandaloso sacerdote, se echó á sus pies, y se confesó con él de sus culpas pasadas; comunicóse al corazon del confesor la sensible contricion del penitente, y movido de aquel ejemplo detestó sus pecados, y mudó de vida.

Obligado á dar una vuelta á España, entró en Guipúzcoa sin otro equipaje que el de un verdadero discípulo de Cristo, hospedándose en el hospital, y viviendo de limosna. No pudo conseguir de él su hermano D. Garcia, que pasase por algunos dias á Loyola. Con la vista de aquellos lugares en que habia tenido una vida mundana, se le escitó el pensamiento de renovar sus antiguas penitencias. Volvió á tomar un áspero cilicio, ciñóse una gruesa cadena de hierro, y trató su cuerpo con tanto mayor rigor, quanto eran mayores las fuerzas con que se sentia recobrada ya su salud.

Mientras Ignacio estaba edificando á sus paisanos con su santa vida, y reformaba las costumbres en todos los estados, aumentaba el cielo con nuevos sugetos su recién nacida Compañía. Claudio Jayo, saboyano, Juan Coduri, del Delfinado, y Pascual Brouet, de Picardia, hicieron en el monte de los Mártires el mismo voto que los otros siete. Con esta gustosa noticia aceleró su partida; encaminóse á Venecia, venciendo felizmente mil peligros, y luego que llegó á aquella ciudad, se conoció que habia entrado en ella un nuevo apóstol. Como á todas partes le seguia la reformacion de las costumbres, en todas le suscitaba el inferno nuevas tempestades. Acusáronle de que era un hereje disfrazado; pero esta tormenta se disipó presto sin otra diligencia que presentar su libro de ejercicios.

Habiendo llegado á Venecia sus nueve compañeros, se tomaron las medidas para el viaje de la Tierra Santa. Ante todas cosas quiso S. Ignacio que fuesen á pedir la béndicion de su Santidad, y á declararle sus intentos. Paulo III, que ya estaba informado